

Semblanza del Dr. Norberto Sotelo Cruz

Semblance of Dr. Norberto Sotelo Cruz

Presentar la semblanza del Dr. Norberto Sotelo es un ejercicio placentero, porque implica describir toda una vida convertida en testimonio de capacidad. Fue un ser humano con ética y moral en mano, que se reflejaron en cada una de sus acciones.

Más que relatar la vida productiva de un profesional e investigador como fue el Dr. Sotelo, me referiré al porqué de su incansable trabajo. Toda su productividad científica, en forma holística, denota un

largo sendero, casi perfecto, donde se percibe el esfuerzo e inteligencia, un constructo intelectual admirable; cuya senda de conocimiento, no debe analizarse como una obra pictórica o literaria (que lo es en sí), sino como un motivador que trasciende más allá de la simple admiración.

Norberto nació en Cumpas, un pueblo situado en el corazón del estado de Sonora. De ahí su temperamento serio, casi adusto, pero con la sencillez y amabilidad que caracteriza al serrano de esa región. Fue el primer hijo de siete hermanos que don Guillermo Sotelo y doña Emma Cruz procrearon; ambos progenitores fueron maestros de primaria, razón suficiente para que el DNA académico de Norberto se hiciera notar constantemente durante toda su vida. Un gen que no se expresó por sí solo, sino hasta que hubo estimulación para su desarrollo, y Norberto lo mostró con inquietud en la infancia y la adolescencia.

En las vacaciones de la primaria y secundaria en Cumpas realizaba travesías con resortera en mano alrededor del pueblo, con amigos que iban tras los pájaros o cachoras desprevenidas, y cuando atinaba a una presa, con plumas o no, Norberto les hacía “necropsias campiranas”. Un interés biológico latente del niño y adolescente que desea aprender más de lo que se dice en la escuela o confirmar lo aprendido en ella, era un “conocimiento” obtenido por sí mismo; escena de vida que dejó huella, sin duda alguna. Al cursar la preparatoria en la Universidad de Sonora, en Hermosillo, la figura de su tío, don Federico Sotelo Ortiz, ortopedista de reconocido prestigio de esa época, quien además fue rector de la Universidad de Sonora, le provocó gran impresión. La personalidad del médico le impactó, principalmente por el trato que daba a sus pacientes, un distinguido profesional que Norberto tomó como ícono. Tales experiencias lo llevaron a elegir la medicina como profesión. La UNAM fue la escuela de su elección para desarrollar sus talentos médicos. Como



provinciano ávido de conocer y aprender, recorrió los libros y los hospitales donde las clases básicas y clínicas germinaban, también los lugares de mayor expectativa turística que la misma ciudad de México y alrededores ofrecían en aquella época. En el Hospital Civil de Guaymas realizó su internado de pregrado y el servicio social lo llevó a cabo en el poblado de Huachinera en el mismo estado de Sonora.

¿Por qué deseaste hacer la especialidad de Pediatría?

Al terminar su internado rotatorio de posgrado en el Hospital de Guaymas, requisito previo para hacer especialidad, regresó al, entonces, DF con el fin de ingresar al Hospital 20 de Noviembre del ISSSTE para realizar la residencia en Rehabilitación (aquí seguramente seguía marcando la figura de su tío Federico Sotelo); durante su estancia de casi un año en esa especialidad, el Dr. Juan Quintal, jefe del servicio de Rehabilitación, le reconoció la capacidad de aprender y enseñar, por tal motivo le dio amplio apoyo para que fuera instructor, incluso de los residentes del 2º año, a pesar de que él cursaba 1er. año; durante este período realizó su primer escrito médico. Su incipiente incursión en esta especialidad, le estaba proporcionando prestigio académico, pero Norberto no se sentía satisfecho y no le llenaba su ambición en los saberes de la medicina. Cuando llevó a cabo la pasantía en el servicio de pediatría de la propia residencia de Rehabilitación, observó el gran mundo de morbilidades que afecta a éste grupo, así nació su interés por la atención médica de los niños. El Dr. Héctor Villaraus, egresado del Hospital Infantil y encargado de esa área, al notar el interés de Norberto por la pediatría, pudo seducirlo. Fue cuando decidió hacer el cambio a pediatría, y lo aceptaron en el Hospital Infantil de la Ciudad de México.

¿Por qué decidiste venir a Hermosillo?

El desempeño de Norberto durante su residencia le dio oportunidad de ser reconocido por su trabajo y diligencia en cada uno de los lugares donde prestaba sus servicios. Y, ¡claro!, hubo varios jefes de servicio que lo

invitaban a pertenecer a su plantilla. Los más insistentes fueron el Dr. Vega Franco y el Dr. Dorantes Meza, ofreciéndole la subespecialidad. Inclusive, el maestro Dr. Vega Franco le dijo con su gesto clásico “¡Qué va a hacer usted allá, si aquí hay mucho por aprender!”. Realizar una subespecialidad en una institución de esa magnitud, no era un bocado para despreciar en aquel tiempo. Seguramente Norberto lo pensó una y otra vez. Pero cuando estaba casi al final del tercer año, Ana Leticia, esposa de Norberto, le pidió que fuera a Hermosillo con la misión de preguntar si había un lugar en un hospital de pediatría de reciente inauguración, es decir, el Hospital del Niño (DIF, en aquel entonces). Leti se entrevistó con el director, el Dr. Katase, ella le dijo que su esposo terminaría Pediatría y deseaba trabajar en ese hospital. Katase, asumiendo su autoridad y trato impersonal, ya que no le conocía, le dijo a Leti, “Si el Dr. Sotelo me trae dos cartas de recomendación, una del Dr. Dorantes Meza y otra del Dr. Kumate lo acepto”, pues sabía que con ellos le sería difícil a Norberto conseguir los documentos requeridos, aunque fuera residente del mismo hospital. Norberto tomó como un reto obtener dichas recomendaciones. Para la primera había un prejuicio enorme: acababa de rechazar al Dr. Dorantes Meza su oferta para quedarse en su unidad de hematología, y creía que tal vez hubiese cierto malestar en él; afortunadamente no fue así. Por otro lado, era bien sabido por todos los residentes del Hospital Infantil, que no era fácil acercarse al Dr. Kumate, y menos solicitarle una firma, ya que poseía un carácter explosivo y “militaroides”. Aun con estos antecedentes, Norberto se atrevió a acercarse a la oficina del Dr. Kumate, al ver la puerta abierta, se paró en el umbral de la entrada, con temor, y le solicitó la carta, Kumate lo vio y lo observó con detenimiento, y sin decir palabra procedió a hacer la carta de recomendación. Las palabras del maestro Kumate hacia Norberto fueron “Aquí tiene”, y le extendió el brazo con el documento entre los dedos. Norberto se acercó lentamente, deseaba arrebatar la carta y salir corriendo, pero dio las gracias; se retiró de esa fría oficina esbozando una gran sonrisa, aunque todavía le temblaban las piernas.

Cuando llegó a Hermosillo, Norberto mostró las dos cartas a Katase, las leyó con atención e hizo una mueca de sorpresa cuando acabó de leerlas, “se hizo hacia atrás rápida e impulsivamente y abrió con amplitud sus rasgados ojos”. Lo aceptó y lo colocó en la consulta externa por casi 8 meses, después lo nombró jefe de medicina interna. Era jefe de él mismo porque no había otro médico, hasta que en el transcurso de los años se crearon nutrición, oncología, neurología, hematología, nefrología, oftalmología y otros servicios.

¿Por qué realizar escritos médicos?

Durante la visita en medicina interna, los residentes en silencio absoluto y sin parpadear veían cómo Norberto acuciosamente exploraba a sus pacientes; con algo de ternura y sin ser meloso le comunicaba al niño lo que iba a hacer, siempre con su aspecto serio, pero mostrando interés por saber la realidad de la enfermedad que portaba el infante. Al término de esa exploración, preguntaba a los futuros pediatras y provocaba la discusión correspondiente, con las responsabilidades requeridas en cada caso. Varios residentes consideraron que esos momentos eran los más valiosos en sus pasantías por el servicio de medicina interna y al poco rato en la sala de juntas de ese servicio, se revisaba la literatura médica y se decidían propuestas de investigación clínica.

Norberto siempre mostraba disposición para intercambiar ideas e impresiones, discusiones con juicio crítico y clínico. La buena clínica, decía él, deja huella no solo en el expediente, sino también en el aprendiz y principalmente en el residente. El hacer esto en forma continua y bien significaba plasmar en un documento lo que se quiere revisar a posteriori, porque es la evidencia de lo que se observó. Datos que requiere el método científico. Por eso recomendaba cuidado al anotar con veracidad la expresión del enfermo, tanto en su argumento físico como lo encontrado en el laboratorio y en el gabinete. Norberto lo sabía y provocó que muchos residentes entendieran este proceso, por ello ahí están las 65 tesis que dirigió en el Hospital Infantil del Estado de Sonora (HIES), además de 4 tesis de maestría y 3 de doctorado;

de ese intercambio clínico en su servicio resultó un alto porcentaje de las 200 publicaciones en Revistas Médicas especializadas nacionales y extranjeras; y 32 capítulos en libros de Pediatría. Asimismo, dictó 271 conferencias en congresos médicos nacionales y del extranjero. Su perseverancia en el escrito médico no se limitó en hacerlo, sino que invitó a los médicos del propio hospital a imitarlo, y a forjar una revista donde se dejara la experiencia misma del hospital. Fue fundador del Boletín Clínico del Hospital Infantil del Estado de Sonora, y como jefe editorial colocó a la revista en la Asociación Mexicana de Editores de Revistas Biomédicas (AMERBAC). Su productividad en el trabajo en esta agrupación fue tal que llegó a ser presidente.

La productividad escrita y su desarrollo académico le proporcionaron el ser Académico Titular de la Academia Nacional de Medicina de México; Académico Titular de la Academia Mexicana de Pediatría y Coordinador del “Capítulo Noroeste”; Académico Titular de la Academia Mexicana de Cirugía; Miembro de la American Academy of Pediatrics; y Miembro de New York Academy of Sciences. Además de recibir las siguientes distinciones: Premio “Ixtilton de Oro”; Premio de Investigación “Gastón Madrid”; Premio “Federico Gómez”; Reconocimiento del Gobierno del Estado de Sonora (1994); Premio “PROCEFF” a la Investigación Pediátrica (1998); Premio “Calidad total” Merck (1998); XXII Jornadas Pediátricas, HIES “Dr. Norberto Sotelo Cruz” (1999); Medalla al Mérito “Dr. Alfonso Pruneda”, 25 años de servicio (2003); Medalla al Mérito “Dr. Maximiliano Ruiz Castañeda”, 30 (2007).

Fue muy activo en asociaciones y fungió como presidente en: Asociación Médica del HIES; Asociación Médica de Hermosillo; Colegio de Pediatras del Estado de Sonora; Presidente Fundador de la Agrupación para Niños Leucémicos y Afectados de Cáncer (ANLAC). Como miembro activo en otras actividades: Miembro del H. Junta Universitaria, Universidad de Sonora; Miembro Constituyente del Consejo Académico HIES; Secretario Técnico del Comité de Investigación HIES; Vocal del

Comité de Ética HIES; Miembro del Cuerpo Académico de la Academia de Medicina, Universidad de Sonora; Miembro del Consejo Divisional de Ciencias Biológicas y de la Salud, Universidad de Sonora; Vocal de la Comisión de Bioética, Universidad de Sonora; Encargado de la Comisión de Investigación, Universidad de Sonora; Presidente de la Academia de Medicina de la Universidad de Sonora; y Coordinador de Especialidades Médicas de la Universidad de Sonora.

Norberto no sólo seguía el análisis de la ciencia, sino aplicaba impecablemente la medicina basada en evidencias. Si el paciente tenía que trasladarse para su estudio o tratamiento a otra institución, él hacía todo lo posible por obtener el recurso o los elementos de apoyo para hacerlo. Obsesivo para determinar con precisión un diagnóstico difícil. Si lo único era enviar suero al CDC de Atlanta, él buscaba la forma de enviarlo. Amigos y compadres que viajaban a Tucson estaban en la mejor disposición de colocar en la vía correspondiente el elemento biológico con las especificaciones solicitadas.

Un tema candente que se está mencionando en la actualidad y dirigido a los centros de investigación biomédica implica preguntarles a los investigadores cuáles son las acciones a seguir en el corto o en largo plazo para que se coloquen los resultados totales o parciales útiles en el consultorio. Pregunta difícil para los que están metidos dentro de los laboratorios sin importarles qué hay afuera. Saco esto a colación porque Norberto en sus procesos de investigación clínica, acertó distancias entre la investigación y el consultorio. La enfermedad celiaca, la pongo por ejemplo, enfermedad ampliamente estudiada por Ana María Calderón de la Barca del CIAD y Norberto, ellos encontraron e informaron de sus hallazgos; ahora los utilizan en la consulta cotidiana de pacientitos pseudocelíacos o trastornos similares a esa enfermedad, y han encontrado “casos con sensibilidad al trigo no celíacos y permeabilidad intestinal a las gliadinas y translocación de inhibidores de amilasa/tripsina. En síntesis, Norberto realizaba un puente corto entre el clínico e investigador

y la forma de pensar del investigador que se coloca en el consultorio.

Me preguntaron varios compañeros pediatras si el Dr. Sotelo quería salirse del HIES? Fue una decisión muy difícil para él, es lo único que pude decirles, buscó todas las formas para tener ese puente con los centros de investigación de la UNISON, pero no pudo hacerlo. En el Hospital General de la Ciudad de México se encuentra una zona de investigación de la UNAM dentro de la unidad de hospitales, que interactúa con muchos de los servicios médicos con hallazgos importantes de aplicación práctica, que ambos por separado quizá no se habrían dado. Creo que era la trascendencia que perseguía Norberto.

Para mí esta es la trascendencia de la productividad científica de Norberto: reducir la distancia de quien investiga en un laboratorio y de quien investiga *in situ* al paciente, para beneficio del paciente.

La familia que formó Norberto la dejé al final, porque considero que es la joya de la corona o la cereza del pastel. Su esposa, la Sra. Leticia Medina, fue sin duda la intermediaria y orquestadora de que Norberto estuviera siempre presente entre ellos, además de apoyarlo en su vida cotidiana de médico, maestro e investigador. Cuatro hijos profesionales fueron el producto valioso de esa unión: Demetrio, Ana Bolena, Luis Adrián y Bruno Norberto. Tres de ellos ahora ya casados le dieron a Norberto un plus de alegría al ser abuelo de siete nietos, con quien pasó los últimos meses de su vida.

Dr. José Guillermo López-Cervantes